

Cruce hacia Chile: desierto, altura y donde las llamas ambulan por Marte

Después de salir de Nazca o Nasca, pasamos la noche en un pequeño pueblo costero de Perú, Camaná. Necesitábamos dividir el tiempo de viaje y trabajar un poco. ¡Estábamos listos para una nueva frontera!



A la mañana siguiente, empezamos a ir hacia el sur, rumbo a Chile, y el trayecto se convirtió inmediatamente en algo extraordinario. La carretera curvaba sin fin a través de paisajes desérticos secos pintados de rojos profundos y cafés. A nuestra derecha, el Pacífico se extendía en un vasto azul sin interrupciones. Desde los acantilados, el océano parecía increíblemente lejos, ese tipo de caída dramática que normalmente solo ves en películas, como esos recorridos por la costa mediterránea con un convertible, salvo que teníamos nuestro Taco Libre, ¡nada que se pareciera a un deportivo convertible! Ahora que lo pensamos, ese viaje en Chikito, nuestro Miata, sería ¡espectacular!

A medida que el sol empezaba a ponerse, el contraste se intensificaba. Montañas desérticas inclinadas brillando contra el amplio cielo azul arriba, y el océano reflejándolo todo abajo. Fue realmente un trayecto inolvidable.

Al cruzar Chile, el cambio fue inmediato. Las carreteras estaban limpias – nada de basura. Nada de “tocar el claxon.” Los conductores se movían con calma y educación, lo cual notamos y agradecemos mucho. El cruce fronterizo en sí tardó más que los otros. Esta vez, los oficiales revisaron el carro minuciosamente, asegurándose de que no pasara nada que no debiera. Fue más complejo, pero fluido, y no tuvimos ningún problema.



Pasamos la noche en Arica, acostumbrándonos a Chile con una comida sencilla pero satisfactoria y un paseo por el centro, que estaba vestido con luces y decoraciones navideñas. Había algo de calma hasta que encontramos la calle de la fiesta, que estaba muy animada con música.



Al día siguiente, seguimos tierra adentro y comenzamos nuestro viaje hacia el Desierto de Atacama. Nuestra primera parada fue Putre. Putre es un pueblo pequeño, tranquilo y remoto. Las calles empedradas, estrechas y el vacío del pueblo dan la sensación inconfundible de que estás lejos de todo. No era solo una sensación; realmente estábamos lejos incluso de lo más necesario que damos por hecho: ¡GASOLINA! No había gasolineras en Putre, ni siquiera a pocos kilómetros del pueblo. Ninguna. Por suerte, habíamos traído un bidón de gasolina extra, que resultó ser esencial. La gasolina se puede comprar de forma privada a través de pequeños hoteles o tiendas locales, por supuesto, a un precio más alto, pero nunca sabrías dónde sin preguntar. Confiamos en la aplicación iOverlander y en un mesero del restaurante que nos informó, mientras comíamos un plato de alpaca, donde conseguirla. Con el tanque lleno, nos sentíamos preparados. ¿La alpaca? Sabía a cordero, solo un poco más dura.

En Putre, nos alojamos en una cabaña pequeña. No estábamos listos para acampar: estábamos a 3,500 metros, lo que es un gran aumento en altura en un solo día, y por la noche hacía mucho frío, cerca de cero. Decidimos que era mejor aclimatarnos quedándonos en la cabaña una noche y luego disfrutar de la aventura mientras acampamos en la naturaleza “salvajemente.” Tomamos un poco de té de coca y pasamos una noche tranquila en una cabaña que tenía el nombre de una de las primeras montañas que planeábamos ver en Chile: Paranicota.



Al día siguiente, mientras manejábamos la Ruta del Desierto, exploramos el circuito Lauca–Chungará. Para entender realmente cómo se sintió ese día, te sugerimos que veas nuestro vídeo de YouTube incluido al final de este correo. Pensamos que es la misma experiencia que estar en Marte y la Luna y, a veces, en ambos sitios al mismo tiempo. Los colores rojos de las montañas del desierto son algo fuera de este mundo. Vimos llamas, alpacas y vicuñas ambulando libremente por vastas llanuras. Los terrenos abiertos y silenciosos hacían que la experiencia resultara irreal.



También descubrimos una criatura completamente nueva: la vizcacha, un tipo de conejo adorable, solo que un poco más grande y salvaje.

Esa noche, planeamos acampar, pero la altura tenía otros planes. La altura nos golpeó más fuerte de lo esperado. Nos escuchamos a nosotros mismos, a nuestros cuerpos, y elegimos la comodidad antes que la terquedad, volviendo a la cabaña por otra noche.

Al día siguiente, exploramos una zona diferente en la ruta del desierto, el Circuito de las Quebradas. De nuevo, lo documentamos en YouTube (enlace abajo), pero dos momentos nos marcaron: ver un cóndor en vuelo, enorme y sin esfuerzo contra el azul del cielo, y visitar el Salar de Surire, donde la inmensidad de la llanura salina añadió otra capa al paisaje ya irreal. En el salar disfrutamos de las aguas termales naturales junto a flamencos. ¡También fue en ese momento cuando valoramos lo bien equipado que está TL! Las aguas termales son fantásticas para relajarse, pero el olor no es nada

reconfortante. El fuerte olor a sulfato no es algo que debe llevarse a casa, pero por suerte nos duchamos para quitar el olor y, cabe decirlo, enjuagar los regalitos de flamenco que quedaban en la piscina natural. ¿Pero te imaginas una ducha fría en el aire ya frío? Una vez más, Taco Libre vino al rescate, no solo con una ducha, sino con una ducha caliente, agradable y reconfortante.



Después de Putre, empezamos a dirigirnos hacia Iquique, un pueblo costero. Para dividir el largo viaje, especialmente después de tantas paradas y lenta exploración del desierto, pasamos la noche en un pequeño pueblo por el camino. Resultó ser domingo, día de elecciones en Chile. Cuando hicimos el check-in en el hotel, el muchacho del mostrador nos entregó la llave y, sin pensarlo dos veces, dijo: "Tenemos un nuevo presidente." Nos sorprendió lo casual que se ofreció a dos viajeros de paso. Por curiosidad, preguntamos si eso era una buena noticia. Él asintió y dijo que sí, añadiendo simplemente "el comunismo no es buena señora." Fue un intercambio breve, pero que nos recordó lo mucho que la política, incluso en las tranquilas noches del desierto, puede sentirse profundamente personales.

Desde allí, continuamos hacia Iquique. Antes de llegar a la ciudad, paramos en el Gigante de Atacama. De pie ante el antiguo geoglifo, tallado en la ladera del desierto, recordamos cuánto tiempo llevan los humanos dejando huellas que duran generaciones. También dejamos una pequeña huella...



La figura se alza en silencio, vigilando el desierto, recordándonos que esta región siempre ha sido algo más que un espacio vacío. De hecho, esta región está llena de pueblos fantasma que conservan los recuerdos de una región que en un tiempo fue una región minera o con "oficinas"; sí, una oficina en esta región es sinónimo de fábricas mineras de salitre y nitrato.

Nos quedamos en Iquique unos días. Una ciudad costera donde el desierto se encuentra con el mar, con parapentes flotando sobre el Pacífico. Una de nuestras paradas fue el Cerro del Dragón. Según la leyenda local, al dragón le dieron una poción para dormirlo, con la promesa de que no sería asesinado. A cambio, permanecería allí como guardián de la naturaleza, solo para ser despertado si alguna vez la tierra era perturbada.



Aprovechamos el pequeño Airbnb en Iquique para comer comida casera e incluso congelar algo para el camino. Caminamos hasta el mercado y compramos almejas frescas, mejillones y pescado. También probamos lapas, un marisco, que puede describirse como una mezcla entre almeja y caracol.

Hasta ahora, Chile ha sido una experiencia salvaje y llena de sorpresas. Sin duda, esto es solo el principio.

22 de diciembre del 2025

